

# EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre,  
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

*S. Quintin M. Sta Lucila y la batalla del Salado.*

## Varietades.

Continúan las Memorias sobre la vida de sir Walter Scott,

Después de estudiar tres años con Mr. Fraser, pasamos según la costumbre del colegio a ser discípulos del rector que era el Dr. Adam. Este hombre respetable me hizo amar el estudio, que hasta entonces habia sido para mí una obligación penosa. En el espacio de dos años que fueron los que estuve con él, leímos a César, Tito Livio, Salustio, Virgilio, Horacio y Terencio. Habia vencido casi casi las dificultades del idioma latino, empezaba a sentir sus bellezas. Era lo mismo para mí que coger rosas entre cardos; así que, nunca olvidaré cuanto se alborozó mi juvenil orgullo al declarar un día el rector que aunque algunos de mis compañeros sabían el latín mejor que yo, habia pocos que adivinasen y comprendiesen tan bien como *Guallterus Scott* el pensamiento del autor. Animado con esto, traduje en verso algunos trozos de Virgilio y de Horacio que merecieron la aprobación del rector, el cual desde entonces me distinguió de la turba multa; y sus alabanzas y críticas, siempre fundadas y juiciosas, me estimularon a luchar contra la pereza y la falta de atención: conocí que esperaba alguna cosa buena de mí, y tomé por punto de honra justificar el buen concepto que de mí habia formado mi maestro.....

Por lo demás mi salud, después de haber experimentado fuertes vaivenes, habia acabado por fortalecerse y era muy robusta: habia crecido mucho en corpulencia y vigor, y mi enfermedad, si me desfiguraba no era ya a lo menos para mí un impedimento. Habia adquirido el hábito de hacer mucho ejercicio, montaba a menudo a caballo y hacia frecuentes viajes a pie, durante los cuales solía andar a veces en un día 20 ó 30 millas sin fatigarme. Estas

correrías eran para mí el mayor de los placeres; los bosques, las aguas el desierto mismo tenían a mis ojos un atractivo indecible; pero los sitios ennoblecidos por algún acontecimiento histórico me causaban un placer todavía mas vehemente. Este último sentimiento no existía en mis amigos y conocidos tanta simpatía como el primero, sin embargo, por grande que fuese mi afición a todo lo pintoresco, debo confesar que un paseo por el campo de batalla de *Bannockburn*, me enagenaba de gozo mucho mas que la célebre perspectiva que se descubre desde las almenas del castillo de *Stirling*. En todo tiempo mi alma se ha encontrado mas a su gusto, y como en su centro en medio de las ruinas históricas. Que me enseñen un castillo viejo ó un campo de batalla: al instante le restituyo sus antiguos moradores, con sus armas, sus trajes, sus costumbres de antaño, y las escenas que estos objetos me recuerdan se me representan con tanta verdad y tales circunstancias que aquellos a quienes hago relación de ellos se quedan asombrados. Un día atravesando los matorrales de *Magus*, cerca de *S. Andrés*, con algunos caminantes con quienes me habia juntado por casualidad, me sentí como inspirado por los recuerdos históricos y referí a mis compañeros el asesinato del arzobispo de *S. Andrés*. Al día siguiente uno de ellos, que no ignoraba sin embargo las circunstancias de aquel suceso, me aseguró que le habia interesado mi narración de tal manera, que no le habia dejado pegar los ojos en toda la noche.

En 1790, habiendo concluido mi aprendizaje, fue menester tomar un partido con respecto a mi profesión definitiva. Mi padre me mostró en esta ocasión tanta bondad como afecto: me ofreció, si yo lo deseaba, asociarme desde luego a su estudio o escribanía a la mitad de ganancias, lo que me aseguraba una independencia bastante agradable.

Sin embargo, no me ocultó el deseo que tenia de que yo siguiese la carrera de abogado, y mi hermano menor la de escribano. Poco trabajo le costó decidirme, pues además de que yo me inclinaba a lo mismo cuando vi que era gusto de mi padre dije al instante que sí, y me dediqué a mi nueva profesion con empeño. Emplé los años desde 1789 a 1792 en los estudios indispensables para un abogado, y el 11 de Julio de este último año, después de sufrir los exámenes acostumbrados, mi amigo *Guillermo Clerk* y yo nos vimos condecorados con la garrucha y sujetos a las obligaciones que impone."

Aquí acaba el manuscrito de sir *Walter Scott*. Hubiéramos podido sacar de él otros muchos pormenores tan interesantes como los que hemos referido; pero la abundancia de materiales contenidos en la obra de *Mr. Lockart*, y los límites señalados a un artículo de periódico, nos obliga a levantar la pluma. El que quiera conocer a fondo la historia de las ocupaciones, sucesos y gustos del famoso novelista escocés debe recurrir al libro mismo de *Mr. Lockart*. Nosotros terminamos este artículo insertando un solo pasaje que nos ha parecido curioso y de alguna utilidad.

Cuando da cuenta sir *Walter Scott* de sus estudios, dice su yerno *Mr. Lockart*, habla de su *indolencia* natural, y la califica de vicio de temperamento, que era comun en su familia. Permitaseme referir aquí un cuentecillo. Cuando *Gifford* en una disputa con *Soame Jenyus* se prevalecia contra este de la confesion hecha por el célebre doctor *Johnson* de que habia estudiado poco el griego, *Jenyus* le respondió: sí, joven, es muy cierto que lo dijo; pero ¿sabemos acaso vos y yo lo que el doctor *Johnson* hubiere llamado saber bien griego? *Gifford* no olvidó en toda su vida el efecto que produjo en él esta respuesta. En cuanto a mí, ignoro lo que sir *Walter Scott*

hubiera llamado diligencia, laboriosidad, hábito del trabajo; pero lo que puedo afirmar es que si indolencia era un vicio inherente á su naturaleza, el triunfo que consiguió Sócrates de sus malas inclinaciones, no fue tan señalado como el de aquel. Por lo demás habla en varias partes de su manuscrito de los hábitos de orden y de diligencia que la disciplina enteramente prosaica de su aprendizaje le había hecho contraer, y cuyos felices resultados se repitieron en todas las épocas de su vida. Era también una de sus máximas favoritas que el verdadero genio no tiene (como suponen los poetastros) una repugnancia natural é invecible á las ocupaciones y deberes de la vida común. Por el contrario afirmaba que era una ventaja real para los entendimientos de todos los calibres la de sujetarse á tales trabajos, y consideraba como una especie de ejercicio saludable para nuestras más elevadas facultades emplear una buena parte del día en ocupaciones prosaicas, pero útiles. En una palabra, sir Walter Scott hizo alarde toda su vida de ser un hombre á propósito para los negocios; y los que le han conocido íntimamente, le han visto ejecutar, como lo haría un hombre que no hubiera salido jamás de la escribanía de su padre, todos los áridos trabajos que las vicisitudes de su vida, el cuidado de su hacienda, ó el deseo de ser útil exigían que hiciese.

En el año 1798 Mateo Lewis fué á pasar una temporada á Edimburgo. La novela intitulada *El monge* en aquella época de esterilidad literaria había granjeado á su autor una reputación brillante; y Lewis, ya sea por su talento real, ya por su amable carácter, ya por los mismos caprichos é inocentes extravíos de su auidad, se había vuelto el ídolo de las tertulias más de moda que había en Londres. Estaba entonces formando con mucho empeño una colección que se publicó algunos años después con el título de cuentos maravillosos, y tomaba de todo el mundo lo que le parecía adecuado para su colección W. Erskine le había dado las traducciones de *Leonor y el cazador* hechas por su amigo Walter Scott; Lewis, á quien gustaron mucho estos ensayos, deseó conocer al autor, y apenas llegó á Edimburgo se hizo presentar en su casa. Este fue el principio de la amistad entre los dos literatos, amistad que se estrechó sobremanera después.

El año de 1799 hizo Scott un viaje á Londres, y habiendo permanecido allí algún tiempo, á su vuelta á Edimburgo supo que había vacado una plaza de sheriff. La solicitó inmediatamente, y la obtuvo ayudado por el crédito de sus numerosos amigos. Trescientas libras esterlinas anuales eran un aumento de renta que se había hecho necesario para un hombre que estaba casado y cuya familia se acrecentaba con rapidez. Por otra parte había perdido las esperanzas de ejercer de un modo lucrativo su profesión de abogado. Los negocios comunes y de poca entidad que podían llamarse la rutina del oficio, le habían parecido siempre insufribles, de suerte que á pesar de que trabajaba con toda la perseverancia que un hombre de un carácter como el suyo pone en el cumplimiento de su obligación, sacaba de su bufete poca honra y poco provecho. «Mi profesión y yo, decía en una nota escrita el año de 1830, estábamos entonces en el mismo caso en que se lisonjeaba de haberse puesto el honrado Hender de la comedia con respecto á Miss Ana Page. Al principio no nos agradábamos mucho una á otro; pero ha querido la Providencia que nuestra inclinación se haya ido conociendo.» Al contrario, su nuevo destino le imponía obligaciones que no eran penosas. El territorio de su jurisdicción, poco extenso, pastoral y pacífico; estaba encerrado casi enteramente en las tierras del duque de Buccleugh, señor con quien se trataba como vecino y aun como amigo desde que venía á pasar el verano á Lasswade.

Continuará.

## ARBOL DE CACAO,

### SU FRUTO Y USO.

El árbol de cacao es conocido por los botánicos con el nombre de *Theobroma Cacao*. El celebrado Linneo era tan apasionado al chocolate, que en un vuelo de su imaginación poética le dió aquel nombre griego, que significa, "alimento de dioses," como si el botanista Dinamarqués intentase sacar á Júpiter y su corte celestial de la dieta de ambrosía, para darles un alimento más sólido. El árbol del cacao ha sido colocado en varias especies del sistema botánico. Es indigeno de la América, y una de las producciones más apreciables que han hallado los Europeos en aquel continen-

te. Todas las naciones de la Tierra Firme y Perú, y más particularmente los Mejicanos, usaban su fruto no solo como alimento rico mas también servía en lugar de moneda. En el tronco y ramas se asemeja mucho al cerezo, cuando crecido, no subiendo á más de seis ó siete varas. Las hojas son oblongas y puntiagudas, de color rojizo en los árboles nuevos. Las flores tienen su pedicelo comúnmente en la májera de las ramas gruesas, son pequeñas y de color de almogre, con una ligera mezcla de amarillo. No dá el fruto desnudo, sino metido en una calabacilla de la figura y color, pero más grande, de una breva, y como esta es también verde cuando va creciendo, pero cuando madura es de color rojizo ó amarillo. Estas calabacillas están llenas de una pulpa blanca y dulce dentro de la cual hay cinco celdillas conteniendo cada una varios granos.

Los indios y los negros suelen comer esta pulpa cuando no tienen otra comida en sus viajes ó faenas, y no solo la comen con gusto mas les aprovecha. El árbol de cacao en su florescencia presenta una apariencia tan espléndida que tiene pocos rivales en hermosura, ni aun en América.

El cacao da fruto dos veces al año; la cosecha más principal es en Diciembre, la otra, no tan abundante, en Junio. Llegado el fruto se extrae de las calabacillas y se pone en montones sobre un suelo duro, dejando allí fermentar por dos días á lo menos; luego se estiende para secarlo al sol, y se procede casi del mismo modo que se hace con el café hasta almacenarlo.

El cacao de Caracas ha sido siempre el más estimado de toda la América; de aquella provincia lo han introducido los Ingleses en todas sus colonias entre trópicos, y en las islas de Trinidad y de Granada ha medrado también, que en los mercados de Europa tiene el mismo precio que el de Venezuela. En Guayaquil abunda muchísimo, pero de inferior calidad, no llegando su precio en Cádiz á más de la mitad del de Caracas, mas por razón de ser aquel tan barato, y este tan rico y mantecoso tenían ambos gran consumo mezclándolos para hacer el chocolate.

Cuando se introdujo en España el uso de la confección chocolática se suscitaron disputas entre los médicos sobre sus cualidades ó efectos que producía en la constitución física del cuerpo, sosteniendo unos que

era una bebida muy fria si se usaba el cacao solo, y otros que era muy caliente si se le mezclaban especias; algunos opinaban que era estiptico, y muchos lo consideraban como un buen alimento. El vicio estaba ciertamente en la multitud de ingredientes de que se componia la pasta, componiendose de pimienta larga, de agi de Chile ò pimienta muy picante, clavos, canela, vainilla, almendra avellanas, agua de azahar y achiote para darle color. Era imposible que una mistura tan caprichosa de tantos simples, que precisamente habian de obrar unos contra otros, produjese efecto alguno decidido, por lo que no era extraño que si á unos convenia, fuese dañoso á otros; los medicos sin embargo, acostumbrados á la absurda farmacopea fundada en la accion y reaccion de los simples, continuaron en lo opinion de que era necesaria aquella mezcla para que el chocolate fuera bueno. Al fin se abandonò el sistema de mezcla, reduciendo la pasta á cacao puro, azucar y un poco de canela, y aun el aditamento de vainilla quedó al antojo de pocos. El chocolate como se hace ahora generalmente en España es bueno, sobre todo cuando se hace espeso, siendo en este caso alimento, pero mucho y claro es una bebida muy pesada al estómago.

En Italia se hace el chocolate muy semejante al de España; en Francia prevalece mucho el uso de mezclarle vainilla; y el que se hace en Inglaterra está mostrosamente adulterado; mandioca, tapioca, harina comun de trigo, y hasta jabon le mezclan para que haga espuma. El modo de hacer chocolate en Inglaterra admite ciertamente estos ingredientes, poniendo una onza de pasta en dos cuartillos, uno de agua y otro de leche, y hervido todo por diez minutos se sirve á la mesa, siendo tanta la preocupacion nacional, que en la primera enciclopedia publicada en ingles, donde se recomienda este método de hacer chocolate, concluye el escritor diciendo: "Aunque parezca extraño na deja de ser verdad, que sin embargo de haber conocido los españoles el chocolate desde el descubrimiento de América, de haber introducido su uso en Europa hace mas de dos siglos, y de ser su bebida nacional, todavia no han aprendido á hacer chocolate." Lo mismo sucede con la cáscara del cacao, la que en España es arrojada á la calle como suciedad, mientras que muchos Ingleses la prefieren al chocolate puro, teniendo

un derecho á su importacion, y vendiendose regularmente en las tiendas á un precio que haria reir á un Español.

### Manteca y aceite de Cacao.

Limpio el cacao de su cascara, y bien lavado para privarlo de toda suciedad, se machaca y se pone á hervir por algunas horas; de este modo se obtiene un materia blanca, oleosa, de la consistencia de sebo, llamada manteca de cacao. Durante el hervor esta sustancia está líquida, en estado de aceite, pero dejada enfriar por toda una noche, ó mas segun la temperatura, se congela en la superficie del agua, y se separa facilmente. Esta manteca es perfectamente inodorifera, y mientras se mantiene fresca tiene un gusto muy suave. Su uso principal es para hacer toda especie de pomada, dandole algun color, regularmente rosado, y á veces algun aceite oloroso. Las pomadas que se llevan de Francia ó Inglaterra á la América no es mas que manteca de cacao, á veces mezclada con grasa ó sebo refinado de menos valor, como adulteracion de aquella, pagando diez y aun veinte veces mas, que si compraran la manteca pura de cacao, la que para todo intento seria mucho mejor.

El aceite de cacao, usado en la medicina, se extrae del cacao por presion y sin fuego, del mismo modo que se saca el aceite de almendras.

### PARTES IGUALES.

#### ANÉCDOTA ESCOCESA.

Continúa.

Depositado apenas el salmon encima de la mesa, el ministro sin mas cumplido, volvió su silla, atacó el plato con ansia, y cortando para sí los mejores pedazos, dejó apenas las espinas á sus dos compañeros.—Ola amigo! exclamó el extranjero, medio riendo y medio cargado, os parece que este buen hombre y yo debamos cenar solo espinas de pescado?—La patrona, dijo timidamente el maestro de escuela, tendrá alguna torta y alguna cebollita.—Tortas! cebollas! replicó el extranjero, ¿y creéis que un hombre que ha andado un camino tan largo como yo, con la nieve hasta las orejas, y con un viento atroz, solo necesita para cenar tortas y cebollitas?... Patrona, descolgad

uno de esos trozos de tocino, y poned á calentar algunos pedazos, y no temais por el gasto, pues aun me queda algo en mi bolsa para pagaros si teneis conciencia para nosotros la gente pobre. Á los pocos minutos la posadera presentó al viajero un plato de tocino y huevos fritos; y despues de haber convidado al maestro de escuela se puso á cenar con todo el apetito que da un largo viaje y un ayuno mas largo todavia.

Por la conversacion que entablaron vino el extranjero en conocimiento de que sus dos compañeros eran el uno el maestro de escuela, y el otro el ministro de la parroquia, y viendo este que sin embargo de haberse dado á conocer, no se le manifestaba mas respeto y deferencia, acabó de ponerse de muy mal humor, pero no se atrevió á tener selas con su nuevo compañero, y descargó todo su disgusto contra el buen maestro de escuela.—Vames, amigo mio, dijo el del gorro azul, cantadnos algo para ayudarnos á pasar la noche, y vos patrona echadnos aguardiente para refrescar nuestros gazaates.—Cantar no sé, contestó el maestro de escuela, pero si quereis os contaré un cuento.—Vaya pues un cuento, dijo el extranjero.—Lo hare con el mayor gusto, mucho mas cuando me acuerdo de uno que no os he contado nunca, dijo el maestro de escuela, dirigiéndose al ministro. Habreis sin duda oido hablar de un hechicero que se llama Miguel Scott; tenía este tres hijos muy famiares Prig, Prim y Pricker.—Sí, ya me habeis contado lo de Prig, Prim y Pricker, y he oido ya mas veces estos nombres fastidiosos que dientes tengo en la boca, dijo bruscamente el ministro.

—Vuestra interrupcion es muy grosera, dijo el extranjero dando un golpe en la mesa; ¿es acaso razonable tratar así á este hombre? No quiero que nos diga su cuento á pesa de vuestro, aunque lo hayais oido mas veces que cabellos teneis en la cabeza.—No, no, dijo con daltizado el maestro de escuela, contadnos mejor vos alguna cosa, y yo con el interior veré de acordarme de alguna antigua leyenda, digna de tal auditorio.

—Convengo en ello, y aunque no tengo mucha oratoria nos voy á contar una historia verdadera que está consignada en crónicas muy auténticas, y que encierra unaleccion terrible para los glotones. Habreis oido decir, continuó el estran-

jero, dirigiéndose con particularidad al ministro, que en el condado de Angus hay un gran número de cavernas muy sombrías y muy profundas.—Lo sé, sin necesidad de que me lo digais, dijo ásperamente el ministro á quien habia desagradado sobremanera el prólogo del narrador.

—Pues bien, continuó el extranjero, en unos de estos retiros vivía un hombre que despues de haber gastado todo lo que tenía en satisfacer sus brutales apetitos, particularmente el de la glotonería, que era lo que mas le dominaba, se vió obligado con su muger y sus hijos á buscar un asilo en una caverna, que ha sido despues conocida por la caverna infernal por las horribles escenas que voy á contaros. Este miserable lejos de arrepentirse de sus vicios por los males que habia atraído sobre sí y sobre toda su familia, echaba menos cada día con mas dolor las buenas comidas que habia hecho, y que ya no podía disfrutar: en lugar de llorar sus pecados solo soñaba en callos, perdices y faisanes asándose al fuego, en pavos guisados con cebollas, y lo que era el principal objeto de sus ideas criminales, era (al decir esto el extranjero se expresó con cierto énfasis que hizo temblar al reverendo ministro) era, señores, hermosas tajadas de salmon ahumado asadas en las parrillas: y segun nos cuenta la crónica que ha transmitido esta historia, era tal el culto que ese hombre daba al idolo de su vientre, que no hubiera dado una pequeña parte de sus manjares, aunque con este sacrificio hubiera salvado á su muger, sus hijos y su familia entera de una total destruccion.

Entonces no habia salmon ahumado en la caverna, y aun cuando hubiese habido faltaban el fuego y las parrillas para asarlo. Las yerbas que producía la tierra era el único alimento que el infeliz podía procurarse; y solo agua de una fuente vecina para apagar su sed. Sucedió, señores, que paseando una noche se encontró cerca de una choza, de la cual salían voces y gritos de dolor; miró por una ventana baja, y vió una muger que lloraba sobre el cadáver de un niño echado en una cuna, que iba á dejar por su última cama la tumba. La pobre muger estaba sola, se mantuvo mucho tiempo inclinada sobre la cuna, y luego levantándose y dirigiéndose á una habitacion inmediata, cayó de rodillas y empezó á llo-

rar y gemir de modo que parecía iba el dolor á ahogarla. Nuestro gloton estaba observando esta escena con la mayor atencion, y cuando sus ojos se fijaron en el niño, tan hermoso, tan blauco y tan tierno, con sus manitas cruzadas sobre el pecho, el genio del mal le sugirió un pensamiento horroroso, y fue el de robar el cadáver para saciar su apetito, y lo efectuó apenas lo habia pensado.

—¡Qué monstruo! exclamó con horror el maestro de escuela.

—Ved, pues, continuó el extranjero, dirigiéndose al ministro que estaba lleno de colera al escucharle, pues conocía era una sátira dirigida á él mismo, como un vicio conduce siempre á otro! La maldad de este hombre no paró aqui; la carne humana fue ya en adelante para su depravado paladar un manjar delicioso. Para satisfacer este horroroso apetito se hizo un cruel asesinato, y mudado de su familia, á la que tambien acostumbró á su horrible comida y á sus crímenes, degollaba infinidad de niños, hombres, y hasta ancianos y ancianas. La desaparicion continua de una infinidad de personas, llamó la atencion del pais, se hicieron varias pesquisas, y al fin los miserables fueron sorprendidos en su caverna, que presentaba pruebas nada equívocas de sus maldades, de modo que los habitantes del pais indignados pidieron á una voz que fuesen quemados en el teatro mismo de sus crímenes. Efectivamente, se hizo una grande hoguera, y el malvado con su muger y sus hijos fueron arrojados uno tras el otro á las llamas. La última persona que fue quemada fue una niña, y en el momento mismo que un hombre á quien se le habian comido su primer hijo, la ataba las manos para arrojarla á la hoguera y le hacía amargas reflexiones por su horrible glotonería, se volvió hacia él con furor y le dijo: "me injurias de tal modo que no parece sino que he cometido algun gran crimen; creedme, si hubieses probado alguna vez cuan deliciosa es la carne palpitante de hombre ó de muger, es cierto no prohibiriais el comerla." Y diciendo estas palabras pudo libertar sus manos de las del hombre que las tenía asidas, y le dió una puñada sobre la oreja como esta...

Y el extranjero acompañó la accion á estas palabras, enviando un bofetón al ministro tan bien aplicado que lo derribó de su silla. Al caer este empujó la mesa, la derri-

bó tambien, y la fuente con la cerbeza, la botella del aguardiente y los platos se rompieron haciendo un ruido espantoso.

*Continuará.*

## EQUIVOCACION DE UNA RECIEN CASADA.

*Al salir el sol con todo su esplendor por encima de las montañas orientales, exclamó un recién casado: „¡La gloria del mundo se está levantando!” Casualmente en el mismo instante se levantaba de la cama su muger, la que siguiendo se que era á ella á quien el marido dirigia este cariñoso cumplido, le dijo con dulce sonrisa.—¡Ay querido dueño! ¿qué dirias tú, si me vieses con mi traje de seda?*

## VENTA DE BIENES NACIONALES.

*Por Decreto del Sr. Intendente de esta Provincia fecha de ayer, manda se nombren peritos que valoricen una suerte de viña y arboles, con casa situada donde llaman los cuchillos jurisdiccion de Candelaria en esta Isla que fue del estinguido Convento Dominico del Pueblo de Candelaria.*

*Lo que se hace saber al público para su conocimiento.*

*Santa Cruz de Tenerife Octubre 30 de 1838.—Francisco Diaz Lecl.*

## SALUD PÚBLICA.

*Acaba de llegar la correspondencia de Canaria recibíendose por ella la satisfactoria noticia de que continúa sin novedad la salud pública, no habiéndose presentado otro caso alguno de la fiebre.*

## EMBARCACIONES.

*19 Fragata de guerra inglesa nombrada Acteon su capitán Russel con 40 dias de Portsmouth, 170 tripularios 26 cañones, con destino al Rio Janeiro.*

Editor responsable P. M. RAMIREZ

Imprenta de EL ATLANTE.